

ED MCDONALD

THE
FANTASY
WORLD
OF
CROCOD

minotauro



ED McDONALD

CROWFALL

minotauro

Título original: *Crowfall*

© Ed McDonald, 2018

© por la traducción: María José Díez Pérez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0623-8

Depósito legal: B. 20.218-2020

Fotocomposición: dâctilos

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Me tendí en la arena. No me habían visto y no estaba seguro de cuántos eran, pero iba a tener que matar a un montón de ellos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Nenn. Estaba sentada en una piedra, con las piernas cruzadas a lo indio, escarbándose hilos de savia negra de los dientes.

—Largarse o no decir ni pío —repuse en voz baja—. Si te ven, esto se irá al carajo en un pispás.

—Me enseñaste a no luchar si nos superaban en número —adujo Nenn, que dio con la hebra de ternilla y la lanzó a la arena, donde desapareció en el acto.

—Te enseñé a luchar utilizando la cabeza —gruñí—. Aunque no nos haya servido de mucho a ninguno de los dos.

Nenn sopesó la respuesta y resopló con sorna.

—Por lo menos nos lo pasamos bien.

—¿Por una vez en la vida, podrías hacer lo que te digo y cerrar el puñetero pico?

Me adelanté reptando para poder ver mejor el paisaje desolado, pedregoso, que se extendía al pie de la loma. De la arena roja se alzaban unas hojas marrones onduladas, que más parecían motas de lana que plantas. La Miseria se confundía con lo que solía ser cada cosa, pero las matas de falsa vegetación me proporcionaban cierta cobertura para agazaparme. Efectué un recuento rápido y no me gustó lo que vi.

Una unidad de siervos y una reata de monturas de refresco cargadas con equipaje se aproximaban por lo que en ese momento era el este. Ni la Gran Alianza ni los siervos enviaban soldados al corazón de La Miseria —no hasta hacía un par de meses—, ya que allí la magia era densa, blanda y maleable. Atraía a las cosas grandes, o quizá nacieran en ese sitio, donde el hedor de la energía contaminaba el aire con su olor químico. Tal vez la primera patrulla que vino se perdiera. Es posible que la segunda se perdiera también. Pero la tercera me había encontrado, y tres patrullas eran demasiado.

Un recuento rápido dio como resultado treinta siervos.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Nenn, y acto seguido se frotó las tripas como si se sintiese tentada de abríselas y ver lo que había bajo la piel. A veces lo hacía. A veces no se me revolvía el estómago. Uno se puede acostumbrar a todo si vive con ello lo suficiente. Yo era la prueba viviente de ello.

—Haré lo que hago siempre —afirmé, aunque Nenn no se acordaría: los fantasmas no tenían la capacidad de aprender.

Saqué el arcabuz de la bolsa de lona. No tenía muchas cosas que no estuviesen andrajosas y gastadas, pero tenía buen cuidado del arma para que funcionase a la perfección. La sacaba cuando había que disparar y la guardaba cuando no era necesaria. Mordí el extremo de un cartucho de pólvora, la cargué, la cebé, escupí. Sólo me quedaban tres balas de arcabuz. ¿Cuánto hacía que no iba a la ciudad a abastecerme? Ni me acordaba. Pero para lo que tenía en mente, bastaría con un disparo.

Los siervos de la patrulla eran de una raza nueva. Los siervos adoptaban numerosas formas y aspectos, desde las hinchidas Novias a los siervos soldado de piel gris cerosa, pero éstos tenían la piel azulada y conservaban poca de su antigua apariencia humana. A través de la mira, incluso a esa distancia, distinguía la ausencia de rasgos faciales y los rostros lisos de carne brillante. Sus ojos eran amplias órbitas negras, la boca poco más que una hendidura. No tenían nariz. Cabalgaban en una formación cerrada, a lomos de animales greñudos de cuatro patas a los que

ningún erudito de Dortmark había dado nombre. Procedían de alguna tierra lejana conquistada, eran pesados de cuerpo y lentos. Yo los llamaba hurks, por el ruido que hacían. Los siervos portaban macizas ballestas y lanzas, buena armadura, espadas y martillos. Iban bien equipados.

E iban por mí. Allí no había ninguna otra cosa que pudieran buscar.

Monté el visor en el cañón de mi arcabuz. No había muchos visores como el mío en el mundo. Quizá no hubiese ninguno. Maldon le había incorporado un toque de su arte para que calculara la distancia y el retroceso él solo. Yo no sabía cuál era el mecanismo, pero había pasado de ser mediocre a poder medirme con un tirador de primera. Busqué el blanco adecuado.

Resultaba fácil identificar al cabecilla: llevaba más tiras de oraciones en los musculosos brazos que el resto, docenas de esas cintas colgando, que hacían ostentación de su fe en tinta roja y negra. Tenía el rostro azulado de un cadáver e inexpresivo como los demás, pero exhibía una marca grabada en pan de oro en el peto. La marca del Rey de las Profundidades Acradius, un distintivo de esclavo que él lucía como si fuese una medalla. Apunté al capitán entre los ojos, pero preferí buscar a otro. Podía matarlo, pero otro ocuparía su lugar, y yo sólo podía efectuar un disparo. Tenía que lograr que valiera la pena.

Di con mi blanco en el centro de la lenta columna. Era más menudo que los guerreros que lo rodeaban, y su transformación era distinta. Aún conservaba restos de humanidad, en la nariz, los labios, el pelo. Llevaba una armadura de bronce anticuada, decorada profusamente, una distinción de honor de su amo. No sabía a ciencia cierta si mi arcabuz tenía la potencia necesaria para atravesarla desde la distancia a la que me encontraba. Probablemente ese siervo fuese el menos peligroso de toda la columna, pero era el que haría que se operase un cambio significativo en la situación. Lo que lo distinguía era el instrumento que portaba: un astrolabio para calcular el posicionamiento lunar. Una maraña de ruedas de latón y lentes, gruesas y finas. Era el nave-

gante, que se servía de dicho instrumento para tomar lecturas de las lunas, lo único lo bastante constante en La Miseria como para poder trazar un rumbo.

—Sólo podrás disparar una vez —apuntó Nenn—. Lo oirán.

—Gracias. No se me había ocurrido —repliqué—. De todas formas, ¿a ti qué más te da?

Ella sonrió y se encogió de hombros.

No soportaba al fantasma de Nenn. Sabía que no era real, pero no podía evitar responderle como si fuese la mujer a la que yo conocía. Eso también tampoco lo soportaba.

Tenía la mecha encendida, lista para prender la cazoleta. Percibí el olor acre, un viejo amigo íntimo. Lo aspiré. Ya apenas notaba la acritud del aire de La Miseria. Otra cosa a la que me había adaptado con el tiempo. Y le había dado tiempo, le había dado seis años.

—¿Crees que vendrán a matarte cuando dispires? —quiso saber Nenn.

—Lo intentarán.

Situé la mira en mi objetivo. Sopesé meterle la bala de plomo en la cabeza al navegante, pero los siervos tenían el cráneo duro y no todos los disparos eran mortales. Tenía un blanco mejor. Una gota de sudor me rodó por la mejilla. Expulsé el aire despacio, hasta quedarme sin nada, y escuché los latidos de mi corazón.

El gatillo hizo clic, la pólvora se encendió, el arma rugió y el astrolabio de latón que sostenía en las manos el navegante estalló lanzando fragmentos de metal retorcido y cristales. La bala siguió su trayectoria, le atravesó el peto de bronce y salió por el otro lado. A su alrededor, las bestias de carga rebuznaron, la maraña destrozada de círculos, aros y barras de latón cayó en pedazos de los espasmódicos dedos, y el navegante se desplomó de su montura.

A partir de ese momento estaban todos muertos, tanto como si les hubiera metido una bala en la sesera a cada uno. Lo único que no se puede poner en peligro en La Miseria es al navegante. Las arenas sin fin, los giros de los puntos de la brújula, el hecho

de que a los hitos les puedan salir patas y se vayan a otra parte. En el corazón de La Miseria los siervos tenían menos posibilidades de volver a Dhojara que yo de ganar un concurso de belleza.

—¿Y si tienen otro navegante? —planteó Nenn.

Miré por el visor al siervo que había caído, pero el resto se había arremolinado a su alrededor, intentando protegerlo con su cuerpo.

—Nunca lo tienen —aseguré—. No sé de qué raza son los azules, pero sin él no podrán volver a casa. Mira al capitán: se acaba de dar cuenta de lo jodido que está.

Miré a la derecha, pero Nenn había reaparecido a mi izquierda. Me devolvió la sonrisa feroz que yo esbozaba.

Los siervos no sonreían. Habían alzado la voz en un único lamento fúnebre furioso y sacaban las espadas. Tenían la armadura ornamentada, grabada con oraciones de adulación a sus reyes-dioses, envuelta en serpentinas que lanzaban al viento sus súplicas. Me habría atrevido a apostar que ninguno de ellos había rezado con bastante fervor.

—¿Estás seguro de que has pensado bien esto? —preguntó Nenn.

—Siempre me haces la misma pregunta.

—¿Cómo vas a matarlos a todos?

—No será necesario —afirmé.

Los siervos me habían visto: semblantes blancos inexpresivos y ojos ambarinos seguían el rastro ascendente de humo del arma. Sabían que las posibilidades de atravesarme con la flecha de una ballesta eran escasas a esa distancia y, además, yo sólo era un hombre. Me puse de pie para que pudieran verme mejor mientras me disponía a cargar de nuevo el arma. Rasgué el extremo de un segundo cartucho de pólvora y cargué otra bala.

Los siervos hincaron los talones en las cornudas monturas y los hurks empezaron a dirigirse hacia mí a paso lento e irregular, las pezuñas golpeando la arena a medida que subían la pendiente. Estaban enfadados, y sorprendidos, y esas dos cosas hacían que tanto hombres como monstruos cometieran estupideces.

—Esto no pinta bien —vaticinó el fantasma de Nenn.

Sacudí la cabeza. Los siervos que cargaban contra mí ya estaban muertos, sólo que aún no lo habían entendido. Apreté los dientes y me enjuagué el sudor de la frente. Estaba seguro de mí mismo y tenía un plan, pero los planes malos tienen la fea costumbre de salir mal.

—Vamos, malnacidos —espeté—. Venid por mí. —Miré por el visor, que me hizo el favor de ajustarse él solo para esa distancia menor mientras los siervos subían trabajosamente hacia mí, la arena removiéndose bajo las pezuñas de sus monturas. El jinete que iba en cabeza gruñía, la boca sin labios emitía un zumbido monótono mientras espoleaba la montura hacia mí, una espada curva por encima de la cabeza. Mi arma escupió humo y fuego y al siervo le explotó la parte posterior del cráneo, salpicando de sesos y huesos a los que seguían detrás antes de que su cuerpo cayera de la silla.

Fue un desperdicio de bala y pólvora. No tenía necesidad de matarlo, pero ver que les disparaban hacía que los siervos fustigarán con más fuerza a sus animales. Rugían furiosos, la necesidad de sentir algo que no fuese desesperanza les obligaba a continuar. Los siervos no son como nosotros. Ellos miden el paso del tiempo en función de los elevados pensamientos de sus amos, no del paso de los años, pero hasta ellos debían de haber comprendido que, con su navegante muerto, no volverían a oír la voz de su dios.

Las monturas fueron directas a las hojas, que permanecían silentes y pegadas a la arena, translúcidas como el cristal e igual de cortantes. Los animales habían recorrido la mitad cuando la hierba de La Miseria se enderezó, tintineando como minúsculas campanillas festivas. Un sonido bello, poco común en esa tierra baldía negra, pero una belleza que sólo duró un instante antes de que los gritos la acallaran. Las torpes bestias cayeron al suelo cuando los afilados bordes les rajaron las patas, y en cuestión de momentos las vítreas hojas se vieron teñidas de rojo. Los siervos que iban detrás chocaron contra los que iban en cabeza, el ímpetu de la carga empujándolos hacia delante y tirándolos al suelo.

La hierba había esperado hasta tenerlos a todos en sus garras. Me arrodillé y puse una mano en la arena. Sentí La Miseria, el poder, la ponzoña que aquejaba al mundo. Le di gracias en silencio.

Gritos, chillidos: los sonidos que esperaba que emitieran los siervos. Bramidos y rebuznos de los animales que los llevaban, pobres criaturas estúpidas. La hierba de La Miseria despachó a siervos y animales por igual. Yo no sabía si era capaz de sentir o si tan siquiera se podía considerar una planta, pero las flexibles hojas de cristal golpeaban y azotaban a los heridos. Había piernas cortadas, y allí donde un siervo apoyaba una mano en el suelo, las hojas se erguían, alanceando palmas y cercenando dedos. Una vez atravesaban la carne, Los dientes de los filos se enganchaban y no había escapatoria posible. Me senté, pasando la última bala que me quedaba de una mano a la otra. No creía que fuera a necesitarla.

Al pie de la loma, el capitán me miró mientras sus soldados lanzaban gemidos y morían. Siempre se podía estar seguro de que un cabecilla iría detrás de los suyos.

Hundí los dedos en la arena. A algo que formaba parte de mí, algo ajeno y desconocido que se había alojado en mi interior para seguir vivo, lo unían lazos con la corrupción de debajo. Yo apenas sentía ya lo erróneo que era aquello mientras me hormigueaba por las manos, por la columna. La hierba de la loma seguía dándose el banquete, envolviendo los últimos trozos de siervos y hundiéndolos en la viscosa arena roja, pero tenía el oído aguzado. Le dije que necesitaba pasar, y La Miseria me oyó. Mostró su rechazo, pero sólo brevemente. Aún había una parte de mí que no era suya, una parte de mí que era ajena, y ella la quería. Pero ahora yo era otra cosa para ella, sea lo que fuere, y en la oscuridad silente que en su día ocupaba mi alma barrunté la muda certeza de que la hierba me dejaría vivir.

Todo esto suena muy grandilocuente, como si yo me comunicara con mi dios y ella respondiese, pero lo cierto es que La Miseria apenas se fijaba en mí. Yo no era gran cosa para ella. Una mosca en el culo de un elefante.

Apagué la mecha lenta, metí el arma en su bolsa y bajé hacia el capitán, que no hizo ningún intento de escapar. La hierba se abría a mi paso, tan sólo un puñado de hojas jóvenes, sin dientes afilados, comportándose mal y atravesándome las botas. La primera vez que crucé una loma de hierba sentí miedo, pero los años te vuelven insensible a la mayoría de las cosas. El siervo, sin embargo, la estaba viendo por primera vez, y sus ojos de pez, enormes, de pupilas sobredimensionadas, estaban más abiertos y grandes de lo que deberían. El capitán desmontó y echó a andar. Era robusto, no alto, pero sí de extremidades y cuerpo pesado. Los planos aplastados de sus labios llevaban tatuados los mismos sigilos que los siervos utilizaban en sus amuletos de oraciones, y la gran marca de la frente que lo distinguía como criatura del rey Acradius tenía un brillo plateado contra la piel mate, gomosa. Llevaba una espada similar a la que le había arrebatado yo en su día a un siervo guardián cerca del bosque de cristal, la que portaba ahora.

Me situé a unos pasos de él. A esa distancia podía matarlo. El capitán me miró de arriba abajo. No sabía qué pensar de mí, y no me extrañaba. No parecía un hombre, tampoco parecía un siervo, y acababa de verme atravesar el mar de hierba de La Miseria que había devorado a sus compañeros sin haber sufrido tan siquiera un rasguño.

—Me gustaría hablar contigo, servidor de Acradius —dije.

Era una manera formal de empezar, pero a los siervos les gusta la formalidad. Cuando les fríen el cerebro, tienden a perder el sentido del humor.

Al capitán le sorprendió que le hablase con clics y zumbidos. Movié los pies en la arena, adoptando una postura de lucha, la mano pasando a la empuñadura de la espada. Yo no intenté tocar la mía. No me sentía amenazado por un siervo, por muy hondo que su dios le hubiese grabado en la cabeza que era propiedad suya.

—¿Qué eres? —preguntó el capitán.

—Soy un hombre —respondí. Puesto que se estaba poniendo nervioso con la espada, puse la funda con el arma en el suelo, aunque no era bueno que la lona entrara en contacto con la

arena. La Miseria tiende a deteriorar las cosas, las rae hilo a hilo hasta que no queda nada. Tela, hierro, personas, acaba con todo ello por igual.

—¿Eres el Hijo de La Miseria? —quiso saber, amusgando los ojos.

—Sólo soy un hombre —insistí.

—No —negó el capitán—. Eres otra cosa.

Tenía razón.

—No soy como ellos —le aseguré—. Entiendes que ya te he matado, ¿no?

Los ojos como órbitas del capitán, saltones en el rostro plano, se volvieron hacia el cuerpo desangrado del navegante.

—Sí —asintió él.

—Te ordenaron dar conmigo. ¿Por qué? —Para que los siervos permanecieran centrados, era de ayuda mencionar a sus señores supremos siempre que se podía. Estaban obsesionados con ellos.

—Eres una abominación. Los dioses no permitirán que existas —espetó el siervo, dejando a la vista unos dientes grandes, cuadrados—. Será un honor morir si ello significa que los legítimos soberanos de este mundo por fin tendrán su trono. Por fin reinará la paz.

—No me puedes matar. Eso por lo menos deberías tenerlo claro.

—No puedes desafiar la voluntad del Emperador de las Profundidades —aseveró con absoluta certidumbre. ¿Emperador? Mi rostro no dejó traslucir nada, pero la palabra resonaba con fuerza en mi pecho.

—¿Es que Acradius ahora se hace llamar emperador, imponiéndose a sus hermanos?

—Es el emperador —corroboró el siervo, como si yo hubiese preguntado dónde estaba el cielo—. Tu muerte será sólo cuestión de tiempo. Defiéndete.

Desenvainamos, y aunque él era fuerte y diestro, el enfrentamiento terminó en unos minutos. Se tambaleó un tanto mientras la sangre le manaba del cuello. No se podía creer que lo hubiese herido tan pronto. Cayó de rodillas.

A lo largo de los años yo había sufrido muchos cambios, pero era más fuerte y rápido que un hombre con la mitad de mi edad. Quizá demasiado fuerte. Quizá demasiado rápido. Ahora yo era diferente.

Cuando el capitán cayó de bruces para desangrarse en la arena, noté un pequeño tirón en la conciencia: era la hierba. Quería el cuerpo del capitán y no podía llegar hasta él. Yo estaba agradecido de que me hubiera dejado pasar, así que lo subí rodando por la pendiente hasta que las vítreas hojas pudieron empezar a atravesarlo y morderlo. Dentro de poco no quedaría ni rastro de él. La hierba también quería al navegante, pero ya era bastante con subir la loma una vez. Mi pierna seguía siendo propensa a quejarse si hacía demasiados esfuerzos y, además, tenía otros planes para ese cadáver. Lo ensarté con la espada del capitán y lo dejé allí.

Mi trabajo estaba hecho, pero aún tenía que ocuparme de las monturas del capitán y el navegante, así como de los hurks. No suponían ninguna amenaza, pero atraerían a las cosas grandes de La Miseria. Como regla general, las cosas de menor tamaño me dejaban en paz, pero a las grandes de verdad les importaba una mierda lo mucho o poco que hubiese absorbido de La Miseria. De un tiempo a esa parte había visto una forma negra y densa en el cielo, con colas de escorpión, alas anchas y más de una cabeza. Dejaba una estela de humo negro, aceitoso, allí por donde pasaba en el cielo: un shantar. Por mucho que me hubiese cambiado La Miseria, no duraría ni medio minuto si me enfrentaba a una cosa de ésas. Al alzar la vista, distinguí un rastro en el cielo, pero lejano, hacia lo que probablemente fuese el sur.

Tenía la desalentadora sensación de que los siervos no eran los únicos que iban en mi busca en La Miseria.

Los hurks atraerían al shantar, o a cualquier otra cosa que anduviese cerca. Registré su equipaje en busca de algo que me pudiera ser de utilidad. Mi cuchillo había sufrido a lo largo de los últimos meses, tenía mellas y empezaba a volverse quebradizo, de manera que lo sustituí encantado. Las botas estaban en peor estado, pero no me serviría nada de lo que tenían los siervos.

Ocuparme de las bestias fue bastante sencillo: las até juntas y efectué un disparo sin bala al aire. Al estar cerca, el sonido sembró el pánico entre los animales, que salieron en estampida igual que habían hecho antes los que eran sus amos. Esa hierba tenía que darme las gracias.

Había llegado el momento de irme a casa. Sabía por dónde había llegado, pero eso no significaba que fuese el camino de vuelta. Me arrodillé y puse una mano en la arenilla de La Miseria. La magia se transmitió a mi palma como si fuese un contagio, una corrupción deseosa de infiltrarse en todas las cosas y guiarlas hacia su oscuridad. Cogí aire, noté su pestilencia en los dientes, pero había pasado mucho tiempo allí, entre sus vapores, y el dolor que provocaba tenía un sabor agrídulce. Hundí la mano en la tierra, expulsé el aire y permití que La Miseria me dijese dónde se hallaba el norte ese día.

Pasé a ser parte de la tierra. No a ser uno con ella, era demasiado grandiosa para que pudiese fundirme con ella por completo, pero compartíamos algo.

A través de ella notaba su presencia. Lejano. Vasto. En cierto modo desconectado del todo y parte de su esencia al mismo tiempo, se encontraba ahí fuera, en alguna parte, al otro lado. Estaba atormentado, agonizaba y se sentía débil después de que él y los otros Sin Nombre se hubieran enfrentado mano a mano con los Reyes de las Profundidades para impedir que emergiera La Durmiente, después de que aniquilaran el mundo por segunda vez. Pata de Cuervo, mi señor.

El cielo aulló, un sollozo de sufrimiento pesaroso. Nubes rojas, surcadas de venas de veneno negro, se acercaban por el este. La lluvia ponzoñosa era un enemigo nuevo, incluso en ese sitio. Había dado comienzo con la Caída de los Cuervos, trayendo consigo visiones terribles y locura a quienes se cruzaban en su camino. Tenía que ponerme a cubierto antes de que los nubarrones descargasen.

Saqué mi cuchillo nuevo y me hice un corte superficial en el antebrazo derecho, entre la celosía de cicatrices de color claro

que atravesaban los viejos tatuajes. Unas gotas de sangre cayeron en las arenas de La Miseria, que agradeció la ofrenda. Una parte de mí que pasaba a ser una parte de ella. Era un trato en toda regla: yo tomaba, pero también daba.

Soñé mi vuelta al mundo y vi cómo había cambiado el paisaje, cómo se había desplazado la realidad con las horas, los meses, las lunas. Di con la Casa del Siempre y me volví para ir en esa dirección. Sólo había tardado dos horas en interceptar a la patrulla de siervos, pero la vuelta me llevaría cinco horas, dejando atrás un lago de brea negra que antes no estaba.